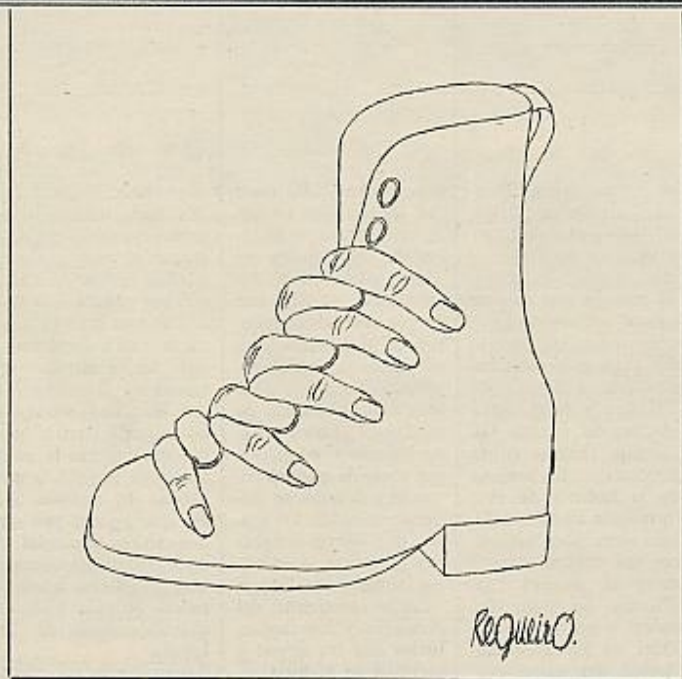


satíricos, había de resultar, evidentemente, equivocada y tópica. La historia verdadera no puede sostenerse sobre este género de púllas de dominio público, pero de intención privada. Y, sin embargo, es probable que la sátira encierre un valor considerable como fuente, que no por apasionada y maligna ha de perder su inmenso valor de testimonio caliente y próximo.

La edición antológica de Teófanés Egido —«Sátiras políticas de la España Moderna», Alianza Editorial, número 473— pone en manos del lector medio una preciosa selección, escogida entre la selva que constituye este género de difícil encuadre preceptivo y tan diverso valor literario. En su lectura se nos ofrece una estupenda panorámica de esa historia moderna, no en su hollada superficie de manual, sino a través de la intrincada catacumba de la opinión pública o, quizá mejor, del público sentir.

La sátira, en efecto, tiene una historia paralela a la de la opinión. Es su fuente, en buena medida, siempre que no se olvide que también es el reflejo de su presencia pública. De ahí que tradicionalmente se haya pretendido atribuir el género a la musa popular, por la misma razón que se ha creído que la tirana o la soledad eran cantes salidos mágicamente —y valga la significativa proximidad semántica— del magín popular. La cuidadosa e inteligente versión de Teófanés Egido pone especial cuidado en prevenirnos contra esta ilusión y en recalcar, por si hiciera falta —que la hace—, el origen culto y nobiliario de las composiciones satíricas de estirpe política. La sátira, como señala repetidamente Egido, es un género de noble cuna y un arma del cumplido armario estamental: fueron las camarillas aristocráticas, amenazadas en el marco sociopolítico del Estado Moderno con la merma irrepara-



ble de sus roles públicos y, sobre todo, con la sistemática poda de sus privilegios, quienes idearon, protegieron y financiaron la vasta manobra infamante contra los nuevos amos. Salida de los nobles conciliábulos, la sátira descendiendo al pueblo por el propio peso de su constitución y por la gravedad de su espesa factura literaria. De ahí el tramposo disfraz populachero con que la sátira enmascara el descaído de un estamento resentido que no se resignaba a verse desplazado por la nueva y dirigente clase burocrática.

Su minucioso conocimiento del tema permite a Egido el acierto de recobrar para la presente edición piezas muy añejas del género, incluyéndolas en un índice que, cronológicamente, abarca desde los Reyes Católicos a Carlos IV, es decir, todo el largo proceso de encubrimiento y posterior declive de la monarquía española. Ello nos pone ya en la pista de algo sintomático: que la sátira, como género que acompaña al desarrollo sociohistórico de la opinión —o comoquiera que llamemos a la conciencia creciente de la comunidad— (vid. la ingente obra de Maravall, «Estado Moderno y mentalidad social», «Revista de Occidente»), consiste en una estructura institucional en la que juega un papel esen-

cial lo que los súbditos piensan. Así, esta antología demuestra que a mayor debilidad institucional, mayor volumen y más afilada mordiente satírica, lo que quiere decir que, de algún modo, entre otras cosas, la opinión pública participaba muy sensiblemente del sentimiento de fortaleza que engendró y nutrió la idea del Estado Moderno, o dicho de otro modo, que la gente comparte, en cierto grado, la imagen del héroe y acepta su virtud como principio in cuestionable de legitimación política.

En este mismo plano, el contenido de la sátira prueba con qué malhumor acoge la nobleza la presencia invasora de la clase burocrática, digámoslo así, ya que no es fácil acuñar referencias de significado más preciso. El Estado Moderno tiene necesidades nuevas para las que los estamentos no estaban debidamente preparados. De ahí que eche manos del burócrata, generalmente del «letrado», quien, a su vez, y desde el Poder, irá acuñando un nuevo sentimiento estamental, como ha estudiado también Maravall.

No podemos extendernos aquí sobre tantos aspectos como sugiere la lectura de esta apasionante antología. Señalaremos, no obstante, que su muestra comprende desde las «quejas» elevadas en tiempos de los Reyes Católi-

cos hasta los papeles dieciochescos, pasando por Austrias y Borbones como un eco prolongado y estridente de la Decadencia. En todas las épocas —y ello es fundamental— la sátira revela su inspiración aristocrática. No presenta, sin embargo, una forma unánime, porque, como es lógico, era preciso esconder la paternidad de las composiciones y, al mismo tiempo, adaptarlas a su destino público. Todos los talentos satíricos —con la excepción de los que escribieron en el período barroco— ocultaron su personalidad bajo formas deliberadamente «populares», es decir, torcieron el trenzado de la escritura en el torniquete artificioso de una expresión vulgar. Y es que la sátira no es una broma inocente, sino un arma de la «oposición» política que, por cierto, obtuvo considerables éxitos, especialmente en la etapa final, es decir, cuando ya existía una opinión más enteriza y capaz de servir de base a los proyectos más o menos declarados de agitación social. La presente antología contiene, junto con los anónimos, nombres de tan alta alcurnia literaria como Villamediana o Quevedo, ambos severamente castigados en consecuencia, como es sabido. Estas famosas prisiones y destierros prueban que la sátira era conceptual, efectivamente, como un peligroso instru-

mento político, e incluso como un delito de lesa majestad. Pero el aparato represor de la monarquía no fue bastante para atajar esta especie de periodismo underground que suministró al pueblo, durante siglos, implacablemente, una especie de conciencia airada contra lo establecido, que, en definitiva, no era sino la expresión de malquerencias y ambiciones de la clase desplazada del poder.

La sátira alcanza su cenit en la época barroca, y en su horizonte perfila definitivamente las posibilidades y maneras del género, de la mano, como se ha visto, de bien calificados maestros. En las composiciones del XVII está por ello el caudal literariamente más estimable, así como el que revela con más atento detalle el drama tenazmente oculto de la Decadencia. Véanse, como ejemplo, las diversas obras que aluden a los gobernantes impuestos por Felipe III y Felipe IV. (Por cierto, repárese en la invectiva contra «el confesor» real, que no es otro que el famoso P. Aliaga, el mismo que tal vez se ocultó bajo el seudónimo de Fernández de Avellaneda para escribir la, a mi entender, espléndida continuación del Quijote cervantino, y de quien, no obstante, dice aquí el conde de Villamediana que «simple siempre lo fue...») Los papeles insidiosos contra los validos y gobernantes primados, las temibles, y muchas veces obscenas, difamaciones contra las reales personas; los rejos contra la vida privada de los grandes, y aun de los mayúsculos: todo el arsenal de la sátira es revelador, con independencia de su veracidad o de su falacia, porque transparenta la imagen que el pueblo tuvo del Poder, de la clase dirigente y del sistema social en su conjunto. Esa imagen corrobora la antigüedad de algunos tópicos hispanos y su manipulación interesada, al

tiempo que descubre la persistencia de ciertos motivos emocionales usados por la propaganda política —la apelación a la honra, la tópica machista, la xenofobia, la denuncia del agio (ajeno) y, en fin, la curiosa convivencia del sentimiento ultramontano y el reflejo anticlerical, tomados ambos como argumentos políticos.

Son, pues, muchos los aspectos interesantes que ofrece esta antología de «la otra historia», es decir, de la historia alejada del uso académico y de la costumbre encomiástica, de la historia agria escrita bajo cuerda y dictada por el descontento, por la humillación y, a veces, por el sentido común. Hay que señalar, por último, que la edición de Teófanés Egido, aligerada de mucha ganga inútil, ofrece un panorama resumido, pero muy completo, de su larga evolución, al tiempo que contiene una adecuada referencia histórica en la que no falta el imprescindible aparato erudito que enriquece decisivamente una edición cuidadísima en todos sus aspectos. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

#### Cuatro ensayos políticos

En 1968 se editaba en España un libro inquietante, agudo, objetivo como una operación matemática y exacto como una exéresis microquirúrgica. Se trataba de una serie de ensayos, «Política y delito», obra de un escritor alemán: Hans Magnus Enzensberger.

Acaba de aparecer ahora otra colección de sus ensayos recientes (1): «Interrogatorio en La Habana. Autorretrato de la contrarrevolución», «Imagen de un partido: Antecedentes, estructura e ideología del Partido Comunista de Cuba», «Turismo re-

(1) «El interrogatorio de La Habana. Autorretrato de la contrarrevolución y otros ensayos políticos». Hans Magnus Enzensberger. Anagrama. Barcelona, 1973.